

BEATRIZ

Con su profundo pensamiento fijo
En más prósperos tiempos y lugares,
Dante Alhigieri suspirando, dijo:

—¡Recordar es vivir! Paternos lares,
Sueños de amor, quiméricos anhelos,
Rápidos goces, íntimos pesares,

Luchas de la ambición, traidores celos,
Sorda inquietud del alma que se pierde
Sin hallar el camino de los cielos;

Horas de insomnio en que voraz nos ~~muerte~~
La duda el corazón, breve alegría,
¡Desgraciado de aquel que no os recuerde!

La memoria es el faro que nos guía
Por el humano mar embravecido,
Desde la cuna hasta la tumba fría.

¿Dónde la vida está del que ha tenido
La lobreguez del porvenir delante
Si deja tras sus pasos el olvido?

¡Ay! Ya que ignore el pobre navegante
El puerto a donde va, conozca al menos
Los que ha tocado, náufrago y errante.

En los días alegres y serenos
De mi fugaz y hermosa primavera,
A la malicia y el engaño ajenos,

Fue cuando Bēatriz, que también era
Niña inocente, en noble hogar nacida,
Rindió mi voluntad por primera.

¿Qué fuerza superior, nunca sentida,
Pudo unirnos con lazo tan estrecho
En los castos albores de la vida?

Resguardaba la infancia nuestro pecho,
Como resguarda a la ciudad el muro
Contra torpe invasor, siempre en acecho.

Nuestra mutua ignorancia era un seguro
Inexpugnable, misterioso y santo,
Cerrado a todo pensamiento impuro.

¿Cómo ceder pudimos al encanto
De una pasión, en la niñez ignota,
Y cómo en nuestras almas creció tanto?

¿No viste el manantial que gota a gota
La peña horada, y rumoroso emprende
Su curso desde el risco en donde brota,

Que va creciendo al paso que desciende,
Hasta que al fin con desatado brío
Por la vega sus márgenes extiende?

Pues decir puedo que su amor y el mío
Aumentaron también con la distancia,
Como el arroyo al transformarse en río.

Aquel dulce cariño de la infancia
Encerró mi ventura, como encierra
El virginal capullo su fragancia.

Hasta creo, y mi espíritu se aferra
A tan grata ilusión, que desde el cielo
Amándonos, bajámos a la tierra.

Bien sé que cubre impenetrable velo,
Negro como la noche, la memoria
De las gemelas almas sin consuelo,

Que durante su estancia transitoria
Por nuestro valle de dolor, olvidan
Su edén perdido y su pasada gloria.

Mas Dios permite a veces que coincidan
En un mismo recuerdo, y se den cuenta
De los misterios que en su fondo anidan.

Es fugitiva ráfaga que ahuyenta
Las sombras de su mente, como el rayo
Rompe la oscuridad de la tormenta.

Hoy que mi vista inmaterial explayo
En plena luz, desde la excelsa cumbre
A do llegué tras mi postrer desmayo,

Mi duda se convierte en certidumbre,
Y sé que fuimos al cruzar el mundo
Como dos chispas de una misma lumbre.

¿Dónde amor más patético y profundo
Que el nuestro encontrarás, ni cuál ha sido
Tan tímido, callado y pudibundo?

Siempre mi pensamiento confundido
Llegó sin voz hasta los pies de aquella
Que me robaba el alma y el sentido.

Jamás oyó la cándida doncella
Concepto alguno, que asomar los rojos
Matices del pudor hiciese en ella.

Mis penas, mis afanes, mis antojos,
Mis secretas zozobras expresaba
Con el mudo lenguaje de los ojos,

Y sin hablar, sin que mi lengua, esclava
De ruin temor, se aventurase al ruego,
Ella mi puro amor adivinaba.

Postrábame mortal desasosiego
Ante la majestad de su hermosura
Que me dejaba trastornado y ciego.

Pero después, cuando la noche oscura,
De rutilantes astros coronada,
Excitaba mi fiebre y mi locura;

Cuando solo en mi hogar, con la mirada
Fija en el ancho espacio tenebroso,
Do esplendía la imágen de mi amada,

Buscaba en el silencio y el reposo
Lenitivo a mi mal, ¡cuán tristes quejas
Exhalaba mi pecho congojoso!

Como al panal acuden las abejas,
Volaban a Beatriz mis pensamientos
Al través de los muros y las rejas,

Y en la noche callada, en los momentos
En que soltaba sus cabellos de oro,
Turbaban su quietud vagos acentos.

Era quizás que en invisible coro
Mis ardientes suspiros a su lado
Revolaban diciéndole—¡Te adoro!—

Alguna vez en mi infeliz estado
La voz del corazón secreta y honda,
Gritábame—¡Valor! que eres amado;

Mas no cobarde tu pasión se esconda,
Ni quieras que la virgen inocente
A tu silencio, impúdica, responda.—

Entonces, llena de ilusión la mente
De Bëatriz a la mansión cercana
Animoso corría y diligente.

Pero al llegar al pie de su ventana,
Confuso y sin valor retrocedía
Diciendo—¡Es pronto! Volveré mañana.—

Y no lució jamás propicio el día
Para mi amor, que atormentado y preso
En mí, como un Titán, se revolvía.

Quizá sin la flaqueza que confieso,
Se fundieran en éxtasis divino
Nuestras dos existencias en un beso.

Mas ¡ay! que un día inesperado vino
A dejarme la muerte pavorosa
Solo y triste en mitad de mi camino.

Aquella faz purísima y hermosa
Que formaron en hora afortunada
La nieve en competencia con la rosa;

Aquella casta frente, urna sagrada
De virtud y de amor, aquellos ojos
Claros como la luz de la alborada;

Aquel seno gentil, aquellos rojos
Labios, que con su púdica sonrisa
Templaban el rigor de mis enojos;

Aquella voz que trémula, indecisa,
Llegaba a mí, como lejano canto
De la noche, en las alas de la brisa;

Todo al compás de mi abundoso llanto,
Pasó ante mí como fugaz centella,
Y aun pienso en aquel día con espanto.

La muerte misma la encontró tan bella,
Que al trasplantarla a mundos superiores
Su hálito destructor no imprimió en ella:

Yo la ví a los siniestros resplandores
De blanco cirio, al parecer dormida,
La sien orlada de olorosas flores,

Y en su apacible faz descolorida
 Posé temblando un ósculo... ¡el primero
 Y único beso que le di en mi vida!

¡Ay! cómo pude resistir al fiero
 Y rudo embate de tan dura prueba,
 Ni lo he sabido ni saberlo quiero,

Porque el pesar que amortiguado lleva,
 Mas no extinguido el corazón, es llaga
 Que al calor del recuerdo se renueva.

Bajo el influjo de mi suerte aciaga
 Caminaba al azar y sin concierto,
 Como loco infeliz que absorto vaga.

El mundo estaba para mí desierto,
 Sin luz el sol, naturaleza muda,
 Y yo no acongojado, sino muerto.

Porque no vive el alma que desnuda
 De todo bien, frenética se lanza
 En los negros abismos de la duda.

¡Cuán desgraciado fui! Mas ¿dó no alcanza
 La clemencia de Dios que nos envía
 Tras la sorda tormenta la bonanza?

Una noche de insomnio y agonía
 En que arrastrado por la indócil ola
 Del dolor, retorciéndome gemía;

Cuando más ciega, abandonada y sola
 Pugnaba mi razón contra la pena
 En que la fe del hombre se acrisola,

La imagen de Beatriz dulce y serena
 Apareció a mis ojos de improviso,
 De celestiales resplandores llena.

Dios de mis ansias apiadado, quiso
 Poner fin a mi inmensa pesadumbre
 Con aquella Visión del Paraíso.

Rodeada de ráfagas de lumbre
 Y envuelta en su flotante vestidura,
 Sin mancha como nieve de la cumbre,

Bajó hasta mí la virginal figura,
 Para alumbrar mi espíritu sombrío
 Con un rayo de angélica ternura.

Tres veces, en mi loco desvarío,
 Convulso incorporándome en el lecho,
 Quise abrazarla, y abracé el vacío,

Y de su imagen al través, deshecho
 En un raudal de lágrimas, tres veces
 Sentí caer mis brazos sobre el pecho.

—El cielo, oyendo tus continuas preces,
 —Exclamó la Visión—volvete anhela
 El perdido reposo que apeteces,

Y torno a tí, como afanosa vuela
 El ave errante al silencioso nido
 Donde el esposo sin ventura, vela.

Porque en el seno de la gloria ha sido,
 Pensando en tu aflicción, triste mi estancia,
 Y turbaba su paz con mi gemido.

Cediendo compasiva a tu constancia,
 Que no pudieron quebrantar la suerte,
 Ni el tiempo, ni el rigor, ni la distancia,

Como en debido premio acudo a verte
 Y por orden altísimo te digo
 Que tu amor ha triunfado de la muerte.

Con luz del cielo a esclarecer me obligo
 Tu espíritu gigante, y por doquiera
 Que vayas, siempre me verás contigo.

Cuando sigas la senda verdadera,
 —¡Avanza!—te diré—que el bien nos guía;—
 Y cuando empieces a dudar—¡Espera!—

Y tu alma, en mi amorosa compañía,
 Subirá más, porque tendrá dos alas
 Para elevarse a Dios: tu fe y la mía.

Vestiré para tí nupciales galas,
 Seré tu esposa mística, y mi mano
 Te sostendrá en el mundo, si resbalas.

Te mostraré lo incógnito, lo arcano,
 Tu mente llegará donde no pudo
 Llegar jamás el pensamiento humano,

Y unida a ti por invisible nudo,
 En las recias batallas de la vida
 Tú la espada serás y yo el escudo.—

Esto dijo, y su voz siempre querida,
 Vibró en mi corazón, como las notas
 De un arpa por los ángeles tañida.

Despertaron en mí fuerzas ignotas:
 Sentí al impulso de su acento tierno
 Las ligaduras de mi carne rotas,

Y trasasé las puertas del *Infierno*
 Y con espanto vi de los precitos
 La fiera angustia y el suplicio eterno;

Y horripilado percibí los gritos
 Que arrancaba a las almas pecadoras
 La tremenda expiación de sus delitos.

Y cuando en aquel antro sin auroras,
 Cerrado para siempre a la esperanza,
 Donde son siglos de dolor las horas,

Invencible y tenaz desconfianza
 Sujetaba mis pies, o el terror ciego
 Que nunca el hombre a dominar alcanza,

Virgilio, mi mentor, uniendo al ruego
 El nombre de Beatriz, romper me hacía
 Olas de sangre y límites de fuego.

Mas no tan sólo en la región sombría
 Del llanto penetré: siempre guiado
 Por mis sueños de amor y poesía,

Subí también al círculo apartado
 Donde las almas con ferviente anhelo
 Esperan el perdón de su pecado;

Y lejos ya de la mansión del duelo,
 Visité, libre de temor impuro,
 Las esferas espléndidas del cielo.—

Dijo Dante, y alzándose del duro
 Tronco, emprendió de nuevo la jornada
 Con ánimo resuelto y pie seguro.

Yo, en lucha misteriosa y prolongada
 Con el mudo tropel de mis ideas,
 Al través le seguí de la enramada.

De repente exclamó:—¡Bendita seas,
 Santa ilusión que nuestra pobre vida
 Dignificas, levantas y hermosas!

Sin tí, nuestra conciencia sumergida
 En tenebroso y perdurable encierro,
 Gimiera en un abismo sin salida.

Sólo por tí, mi voluntad de hierro
Pudo sufrir la adversidad terrena
Y no morir de angustia en el destierro.

Sostenido por tí, subí sin pena
Pero no sin orgullo, los peldaños
Tan tristes lay! de la escalera ajena.

Y en la rauda corriente de mis años,
Soporté con firmeza soberana
La injusticia de propios y de extraños.

¡Ay! Si al hundirme en la miseria humana,
No columbrara en lontananza el puerto
Y la costa segura, aunque lejana;

Si en medio del mundano desconcierto
No hubiese a veces mi razón confusa
Entrevisto el oasis del desierto;

Privado de la paz que no rehusa
A las almas la fe, tú hubieras sido
¡Oh desesperación! mi única Musa.—

Yo seguía escuchando enbebecido
Las austeras palabras del Maestro,
Mi pasada inquietud dando al olvido.

El bosque, a cada instante, más siniestro
Se presentaba, y la escabrosa ruta
Más estrecha y hostil al paso nuestro.

Paró por fin mi marcha irresoluta,
Salvando de improvisos los abrojos
Que la boca cerraban de una gruta,

Feroz pantera, cuyos turbios ojos
Relucían inquietos en la densa
Oscuridad, como carbones rojos.

Rasgando el aire con su voz inmensa,
Cual si estuviese contra mí en acecho,
Descuidado cogióme y sin defensa.

Su aguda zarpa destrozó mi pecho,
Grité azorado, y a mi propio grito
Desperté, revolcándome en el lecho.

—¡Luz, dadme luz!—clamé con infinito
Afán, con el afán del moribundo
A quien mira su culpa de hito en hito.

—Sin el vivo calor, sin el fecundo
Rayo de la ilusión consoladora,
¿Qué fuera de la vida y qué del mundo?

¡Léjos de mí las sombras que a deshora
Llenan de espanto la conciencia humana!—
Y al decir esto, penetró la aurora
En torrentes de luz por mi ventana.

G. NUÑEZ DE ARCE

DANTE Y MILTON

La irritación contra los hombres, las miserias de Italia que había tocado como con la mano, las conversaciones con los artistas que, innovando la pintura, le daban ejemplo de atrevidas tentativas, maduraron la vasta facultad poética de Dante; y el amor, la política, la teología, la indignación le dictaron la *Divina Comedia*. Es la obra más lírica que cuenta la literatura italiana, pues trasladada al canto su inspiración, el entusiasmo que lo animaba en favor de la religión, de la patria, del imperio, de sus inmortales resentimientos. Comprendió la índole del estilo nuevo, que no tolera la dignidad perpetua de los antiguos y, como acontece